

MUCHOS INGENUOS o pretenciosos seres creen que el mundo debería ser dirigido por las "élites", es decir, por aquellos grupos de hombres que en todos los países representan lo más alto que en inteligencia o en cultura posee cada uno de ellos. Este gobierno del mundo por las "élites" debería ser total: ellas harían y desharian todo, determinarían lo que debe hacerse y lo que no se debe hacer y, finalmente, opinarían sobre todo y su opinión debería prepalecer sobre la de todos.

No está mal, en principio. Pero faltaría saber dos cosas: primero, si hay en alguna parte una verdadera "élite" que quiera hacerse cargo del poder, y segundo, si esa verdadera "élite" podría gobernar. En mi concepto, ninguna de las dos cosas. Una verdadera "élite" ama tanto el poder como los recientes agraciados por la Polla de Beneficencia pueden amar el bicloruro de mercurio. Una "élite" es algo que tiene, además de una unidad espiritual propia y solitaria, una unidad biológica individual aislada. Se reproduce, como algunos moluscos, por sí misma, sin tomar, pedir o aceptar nada extraño a ella. Tiene en sí misma todo lo que necesita y lo que produce es para ella misma; ella lo produce y ella lo consume. Es cierto que algunos aprovechamos de su producción, pero no hacemos, en relación con ella, otro papel que el que hacemos en relación con el sol: lo gozamos sin que, de ningún modo, podamos influir en su brillo o en su temperatura. Eso le pertenece a él mismo.

Estimada así una "élite" — estimación que, en rigor, es la única que debe hacerse, ya que hacer una más barata sería abaratar también a las "élites", cosa que por principio debemos rechazar — estimada así, repito, resulta inadmisibles la suposición de que pueda existir una que quiera hacerse cargo del poder en un país cualquiera. Aquella que aceptara el encargo que se supone, dejaría, por ese solo hecho, de ser lo que es y se transformaría en algo mucho menos digno de tal nombre: en un círculo de ambiciosos de poder o de supremacía pública, por ejemplo. En buenas cuentas, habría traicionado su propia personalidad.

Pero supongamos que por estas o aquellas circunstancias llegara un momento en que una verdadera "élite" se viera obligada a tomar el poder. ¿Podría gobernar? ¿Podría adaptarse a una función semejante, rebajar su personalidad hasta el punto de llegar a alternar, sin sufrir en el mismo momento una desintegración total de su unidad espiritual y biológica, con miles y miles de oscuros tontos o de preclaros estúpidos? Esa suposición resulta mucho más inadmisibles que la anterior.

Hace poco, leyendo el prólogo que John Galsworthy escribió para el libro de Guillermo Enrique Hudson, "Far away and long ago", encontré, citadas por el prologuista, las siguientes palabras de Hudson, escritas en "Hamshire days": El cielo azul, la morena tierra, la hierba, los árboles, los animales, el viento, la lluvia y las estrellas no me han sido jamás extraños; estoy en ellos, formo parte de ellos y soy uno de ellos; y mi carne y el polvo no son sino uno, y el calor de mi sangre y el calor del sol no son sino uno, y los vientos y las tempestades y mis pasiones no son sino uno... No me siento extraño sino en mis relaciones con los hombres, especialmente con aquellos de las ciudades, que viven en condiciones que a mí me son contrarias y que a ellos les son naturales. Cuando se está en contacto con ellos es cuando uno se siente emparentado con los muertos y atraído extrañamente por ellos, por ellos, que no se parecen en nada a los hombres del presente; los antiguos, muy antiguos muertos, que no conocieron la vida de las ciudades y que no se sienten extraños bajo el sol, el viento y la lluvia".

¿Podría gobernar, gobernaría, un hombre semejante? De ningún modo. Y si Hudson no es un hombre de "élite", yo soy un patilludo.